A GUSTAVO MÓDENA

(AL INAUGURARSE UN BUSTO SUYO EN TURÍN)

He ahí cuál fué, en la madurez de la vida y del genio, admirablemente retratado, el artista grande, el ciudadano fortísimo. Para ambos á dos es esta una hora de gloria. Como el actor veía en su auditorio un pueblo y más allá del teatro á Italia, nosotros vemos en su conmemoración presente el apóstol y el soldado de la libertad, y sobre la corona del artista la aureola del patriota.

Italia y el arte fueron sus afectos supremos, á la redención de ambas consagró todas sus fuerzas; mas no las amó con igual afecto: resueltamente, y en toda ocasión, antepuso la Madre á la Diosa.

Símbolo de su doble esfuerzo fué él mismo, cuando en Roma asediada, confidente de Mazzini triunviro, recitó en beneficio de

los heridos, mientras el cañón tronaba en las murallas, y en los caminos próximos á la ciudad vibraba el sonido de las trompetas. Entre las ansias y los peligros de la guerra llevaba á cabo un acto benéfico en provecho de la patria por medio del arte: tal fué su vida. Y de esta suerte estrechamente se juntaron en él el ideal del artista y el intento del ciudadano, la potencia del genio y la fortaleza del ánimo; que nadie podrá, sin ofender á la razón y á la justicia, escindir una virtud de otra en la admiración que se le tributa.

En el David de veinte años con que se inauguró soberbiamente en Venecia dos años después de que naciera Adelaida Ristori, cuatro años antes de que viniera al mundo Tomás Salvini, palpita todavía el intrépido estudiante de Pádua, á quien una santa indignación lanza con violencia, inerme, contra las bayonetas alemanas, de que tiene desgarradas sus carnes. En el ciudadano de Gante, despreciador de la muerte, se agita el patriota de 1831 que quiere morir bajo las ruinas de Ancona y que en la defensa sangrienta de Cesena arriesga entre los más temerarios la vida. Vestido con el antiguo traje florentino, cuando el primero entre los extranjeros hace cara y presta voz á las iras magnánimas de Sordello y de Farinata, él es el desterrado doloroso que Dante escruta «descendiendo en sí mismo», y en las calamidades de la Italia de sus días comprende el espíritu del sagrado poema. Y todavía es el defensor valeroso de Treviso y de Palmanova que nos aparece bajo el uniforme del sargento Guillermo; es el potente orador de la Asamblea constituyente toscana, sostenedor de la unión inmediata á Roma, que truena con la elocuencia inflamada de Cayo Graco; y en el diácono de Rávena, que narra al rey Carlos el paso atrevido de los Alpes, mientras el autor de los *Adelchi* escucha y admira, habla el desterrado sin asilo, que cruza á pie las montañas del Jura, desgarrado y hambriento, pero no postrado de ánimo, devorado por la fiebre, pero sonriendo de amor á la heroica y dulce esposa que le acompaña.

Es en verdad dudoso determinar el aspecto bajo el cual se le debe hoy rendir mayor honor. Noble, admirable es el artista eximio á quien, habiéndole ofrecido la dirección de la Real Compañía sarda, rehúsa al lucro y al honor por mantener pura

su conciencia republicana, y va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, príncipe errante y solitario del arte, no pidiendo al arte más que la vida, y arrastrando su gloria como una cruz. Mas no menos admirable que el artista es el rebelde que, amenazado por la cuerda austriaca y por el puñal romano, cargado de cadenas en Mesina, escapado por milagro á Francia, vuelve á desafiar al verdugo en la Romaña insurreccionada, donde no pone en salvo su cabeza mas que para arriesgarla otra vez entre los primeros en la insurrección de la Saboya. Pero no menos admirable que el rebelde es el proscripto cooperador de la *Joven Italia*, que arrojado de Marsella á Berna, de Berna á Bruselas, de Bruselas á Londres, ejerciendo el comercio más humilde, rechazando auxilios, ganándose afanosamente el pan, lleva alta entre todos la dignidad de su bandera y de su desventura. Y más grande que el actor triunfante en el pleno esplendor de su fama, entre los frenéticos aplausos de Milán redimida, es el actor de 1848, al cual, los primeros anuncios del despertar de Italia confunden el corazón y truncan la palabra al acercarse á las candilejas; es el Director de compañía que escribió á su compañero de arte y de negocios:—*Guerra y revolución disuelven todo contrato,*—y despreciando dinero y coronas, acude por cuarta vez, soldado de la patria, donde humea la pólvora y la sangre.

Ciudadano y artista, tuvo dos grandes propósitos: elevar el arte á un apostolado de renacimiento nacional, haciendo de las tablas tribuna del amor patrio, altar del heroísmo y ludibrio de la tiranía; y regenerar el arte mismo, volviéndole á la verdad sin desviarle de aquel ideal de belleza y de grandeza, que fué el sol de su alma.

Mas conviene recordar lo que eran el arte y el teatro cuando, de vuelta del destierro, se dedicó al trabajo, para comprender qué cúmulo de dificultades le estorbaban el camino, qué vigor de espíritu y de constancia tuvo que desplegar para superarlas, y cómo él sólo llegó á tanto que, notable ya por sus atrevimientos, por sus dolores y por su invicta fe italiana, recogía en sí el respeto y la simpatía de las distintas clases sociales, concordes en el sentimiento de la patria, divididas en el sentimiento del arte.

Decadente el reinado de la tragedia

clásica y de la comedia goldoniana, y todavía no apreciadas mas que por las personas cultas las obras italianas de los nuevos ingenios y las pocas buenas que venían del otro lado de los Alpes; apasionada la multitud por un bastardo romanticismo dramático, en el cual, sobre los pocos actores selectos que, aun subordinándose á lo falso, miraban á la verdad, prevalecía un tropel de histriones amanerados é hinchados como el lenguaje de sus héroes; misérrimo por esto mismo el estado de la mayor parte de las compañías cómicas, prefiriendo la aristocracia el teatro francés y la burguesía la música, á la cual el teatro en prosa era aún más que ahora inmolado; completamente distintos, por último, sin comparación con lo que hoy sucede, por estar desmembrada Italia, los gustos de las varias poblaciones que de la escena sacaban el presentimiento, la preparación, la inminencia de los grandes acontecimientos políticos: tales eran el teatro, el arte y el público cuando Gustavo Módena aparece.

En un campo tan áspero, contra tantas fuerzas contrarias, tuvo que combatir y combatió toda la vida.—¡Memorable ardimiento!—como dijo Leopardi de Alffieri.—

Le arranca el fruto de ocho años de trabajos el fisco austriaco, que se apodera de su caserío de Treviso; se ve obligado á viajar de una á otra ciudad de Italia con la cautela de un fugitivo para evitar los Estados donde es considerado como bandido; es relegado, por último, dentro de los confines del Piamonte y de la Liguria y no tiene más remedio que descender hasta los teatros más míseros; y con la salud quebrantada, todos los inviernos se refugia en su asilo de Torre Pellice, de donde lo lanza á la escena y de la escena al comercio, la necesidad; mas no por esto pierde su ánimo nunca. Altivo é indomable, lucha con las despóticas censuras, con los municipios avaros, con los empresarios mezquinos, con las compañías privilegiadas, con poblaciones indiferentes ó, por espíritu de partido, malévolas que le envenenan el gozo de los triunfos, y luchando, sin embargo, y peregrinando sin tregua, trabaja y crea sin descanso. Crea personajes, educa alumnos, adivina ingenios, anima á autores, propone y discute asuntos de dramas, recorre todas las literaturas dramáticas, comenta y traduce, escribe de política y de arte, sueña hasta en sus últimos días para la resurrec-

ción del teatro con una compañía libre, y solamente en el lecho de muerte, después de haber provisto al porvenir de su mujer adorada que solloza sobre su corazón, encuentra, finalmente, reposo. Tan tempestuosa como fué su vida, fué serena su muerte; quebrantado por tantas fatigas, se duerme sin pesar, y sobre su semblante trágico, último reflejo de la conciencia pura, queda una sonrisa.

¿Cuál fué su arte? Sería atrevimiento el intentar describirlo con vagos recuerdos de la adolescencia. Mas ¿quién lo podría hacer dignamente?

Diciendo, como otro dijo, que clásico y realista al mismo tiempo, é innovador sin romper ninguna tradición de la escuela antigua, estudiaba los grandes personajes en la historia, en la literatura, en su alma propia, y les daba vida sirviéndose con sagaz penetración de su varia y profunda experiencia de la misma vida humana y que les daba con eficacia insuperable el calor de sus gallardas pasiones, se dice la armonía y la profundidad de sus facultades artísticas, no la originalidad estupenda de su declamación.

Diciendo que, maestro incomparable en

el arte de modular el verso y el período y de dar al estudio prolijo la apariencia de la inspiración espontánea, acopló á una movilidad maravillosa del rostro una voz que le permitía salvar los pasajes más arduos y las notas más altas y terribles que puedan brotar del pecho humano; que si su figura poderosa se erguía como la forma ideal de la majestad y de la fuerza, se plegaba también y se empequeñecía hasta el aspecto más digno de compasión de la enfermedad y de la miseria, y que su paso hablaba y su gesto esculpía y sus ojos despedían rayos, se dice todo lo que de otros grandes actores se haya dicho.

Y quien lo describiera en la representación entera de un personaje, recordando, como alguno hizo, las voces, los gestos, los pasos, toda idea propia suya, nos daría á conocer siempre una sola de las cien facetas de su genio, el cual, desde Lindoro á Saúl, desde Luis onceno á Edipo, ascendió toda la escala interminable del drama, como en la dicción magistral de la *Divina Comedia* se remontó desde Vanni Fucci á San Pedro.

Podríamos acumular imágenes sobre imágenes, y haríamos para quien no lo en-

tendiera trabajo inútil, como el definir con palabras á quien no lo vió lo que distingue de otros mil el rostro de un hombre. No existe juicio de los venideros para el arte que rehace más vivamente la vida. Gritos de dolor y de ira que levantaban á la multitud como á la voz misma de la patria, y en los que parecía difundirse el odio de una generación entera contra la tiranía; estallidos de llanto desesperado que hacían palidecer á mil semblantes, centelleos de la palabra que iluminaban rincones ignorados del alma y alturas no vistas antes del pensamiento, del cual era él intérprete, y ademanes nobles y soberbios como formas estatuarias de Miguel Angel, todo eso ya no existe sino en la mente de algunos, nacidos en la primera mitad del siglo, y dentro de pocos años habrá desaparecido completamente hasta de la memoria de los hombres.

Desaparecidos, pero no perdidos.

Así como no se pierde el agua fecundante que la tierra bebe, y esparce humor vital por las fibras de las hierbas y de los árboles, tal acontece con todo lo que constituyó su gran arte: los acentos, las actitudes, las miradas, trasladados en fuerza de pasión y de idea á la generación que las vió

y los oyó, obran todavía, herencia ignorada, en la generación presente, y en mil ecos y reverberaciones viven aún en el arte de hoy y perdurarán en el arte del porvenir. El arte se transforma y sigue adelante; pero Gustavo Módena no muere. Sobre la frente de los innovadores más atrevidos brilla un rayo de su espíritu; y mientras en el teatro italiano se rinda culto á la verdad y á la grandeza, en cada representación de las obras maestras que él marcó con el sello de su genio, se verá pasar en el fondo de la escena la sombra enorme de su cabeza.

Mas no solamente en el arte y en nuestro espíritu perdura: permanece gran parte de su alma en aquel incomparable epistolario, en que más que la argucia inextinguible y la cultura variada, y el vigor ágil de un estilo exuberante de vida, se refleja lo que hasta sus más fieros adversarios políticos se ven obligados á admirar: la sinceridad profunda y la firmeza indestructible de su fe.

Republicano fué en el fondo del alma, desde su primera juventud hasta la muerte, y defensor de una política abiertamente revolucionaria, aborreciendo todo

auxilio extranjero que no procediese también de una revolución que tendiera á formar una confederación europea de repúblicas. Y lo cierto es que cuanto él pedía, hubiera sido prudente y actuable si todos los italianos hubiesen tenido mente y fibra igual á la suya. Esto lo creyó Módena firmemente, como lo creyó su maestro; por lo cual, le pareció verdad asequible aquel ideal que, conforme con la sentencia de un grande hombre, es la verdad vista de lejos. Y alejada tenían entonces la verdad de la fe suya, las multitudes no preparadas para aquella forma de gobierno libérrimo, é impotentes para aquel obrar independiente, unánime, heroico, fuera del cual él no veía salud. El desengaño le traspasó; y de esto, que él estimó error y desventura de su pueblo, no de miserables ambiciones fallidas, no de estrecho resentimiento de orgullo ofendido, derivó la amargura iracunda que le hizo tan fieramente severo con sus contemporáneos y con la obra de éstos. Y, sin embargo, su dolor es noble, la ira generosa; y el grito que se levanta de su conciencia espartana contra el servilismo y la corrupción que dan de sí ya las primeras señales, es grito de profeta. Y en vano

hace profesión de escéptico: se enfurece é impreca porque sufre, y sufre porque todavía ama; y en su risa despreciativa palpita un rugido, y el sarcasmo atroz que arranca de sus labios destila sangre de su corazón.

¡Ah, cuán diversa es la obra del hombre de las palabras que dicta su cólera! Dice:—Desprecio al prójimo, siento náuseas de todos y de todo;—pero, cansado y enfermo, y pudiendo apenas proveer á sus necesidades, recita en beneficio de sus compañeros de arte y de Sociedades de obreros, socorre á los emigrados y proscritos, y hasta pocos días antes de morir ofrece su pobre bolsa á cuantos náufragos del teatro le tienden la mano. Escribe:—Italia ha muerto: es necedad sacrificar á los poquísimos buenos para la regeneración de los muchísimos malos;—pero se suscribe á los empréstitos para la causa italiana, auxilia periódicos, funda sociedades de tiro al blanco, da su óbolo y su consejo para apresurar todo movimiento en que aparezca un rayo de esperanza, y la noticia de los suplicios de Mántua le arranca del alma lacerada lágrimas de sangre. Afirma que el nombre de su patria se le ha hecho odioso y que

quiere refugiarse y hacerse enterrar en un rincón de Suiza donde no le oiga resonar siquiera;—mas, invitado para ir á América, donde podría asegurar la holgura para su vejez, no tiene el valor de separarse de su país y, enojado contra sí mismo, rehúsa y se queda en su desierto, donde se levanta antes de ser de día para sacar agua y encender el fuego. En un ímpetu de rabia grita:—Mejor la casa de Ausburgo, que con razón nos trataba como á negros;—mas cuando en nombre del Archiduque Maximiliano le ofrecen el salvo-conducto, honores y ganancias para que vaya á representar á Milán en poder de los austriacos:—No—responde;—antes el hambre!

Tal era en el fondo este pobre y gran corazón herido, que en las palabras maldecía de la patria y renegaba de la humanidad; tal era esta alma en estado de perpetua tempestad, este artista glorioso y lleno de desdén que, si el teatro le hubiera cerrado las puertas, hubiera llegado á ser un escritor ilustre; que si á pruebas más elevadas le hubieran arrastrado los hechos, habría sido un héroe; que si le hubiera cabido en suerte la riqueza, la hubiera usado como aquellos bienhechores insignes

que la historia recuerda y los pueblos bendicen.

Hermoso es que se levante un monumento en honor suyo en la capital del Piamonte, que fué el último refugio de su vida errante y campo de sus últimos triunfos. No menos que el que surgirá en su Venecia nativa, será respetado y amado éste por el pueblo que le ha esperado hace treinta años. Y la juventud vendrá á contemplar reverente esta frente que jamás se plegó, estos ojos en los que resplandeció el genio, esta boca que no mancilló ni la adulación ni la mentira, este pecho en el cual palpitaron todos los dolores, todas las iras de la Patria oprimida, y que con igual valor desafió la tiranía, soportó la pobreza, luchó por el ideal y afrontó la muerte...

¡Quede aquí, pues, perpétuamente, oh venerado maestro, tu imagen, fiada al cuidado amoroso de Turín, que recogió tu último suspiro y custodia tus huesos; quede invulnerable por siglos al beso del sol y de la gloria, y de su boca de piedra expire todavía á las generaciones venideras el soplo de tu alma libre y grande!